

Ninfa que moras en la umbrosa selva,  
de manso arroyo á la florida orilla,  
¿porqué tendida sobre el verde césped  
pasas las horas?

¿Ya solo piensas en bañar tu cuerpo,  
tu hermoso cuerpo en la argentada linfa,  
en hacer ramos, y en dormir la siesta  
bajo los robles?

¿No es tu misión por los amantes finos  
siempre velar cual bondadosa madre,  
y hacer que el fuego del amor encienda  
pechos de hielo?

¡Oh ninfa hermosa del umbrío bosque,  
oh Maitagarri hija de Ariel! ¡Vé, lleva  
mis tristes quejas á mi Luz querida;  
vete, no tardes!

Así por siempre en esta selva habites,  
no se marchite tu sin par belleza,  
y ponga Ariel sobre tu rubia crencha  
aurea corona.

¿Y quién es *Ariel*? Otra entidad más de esa mitología éuskara acerca de la cual estamos aún tan á oscuras. El mismo poeta á quien acabo de citar nos dice que Ariel es el padre de la hermosa hada habitadora de las altas crestas de Ahunamendi y de las umbrosas selvas tendidas á su falda, y que es el genio tutelar de los euskaldunas; pero aquí concluye la noticia.—Tenemos, pues, una mitología nuevamente descubierta que estudiar, con mitos tan grandiosos como el ciclópeo del *Tártaro* y del *Bassa Jaon* bajo su aspecto terrible, y el de la serpiente de siete cabezas (*Leheren* ó *Heren-Sugue*); y tan interesantes como la *Bassa-Andre* y las *lamiñak* (hadas ó lamias), y tan poéticos como el de la *Maitagarri*: necesario es desentrañar por medio de concienzudas disquisiciones sobre las diversas mitologías comparadas, qué debe esta mitología éuskara, hoy sólo vislumbrada, á las leyendas míticas, ya célticas, ya escandinavas, ya

itálicas y griegas, ya africanas, ya asiáticas; y por el contrario qué rastros de las invenciones míticas vasconas pueden reconocerse en las mitologías de la clásica antigüedad. Pero entre tanto una cosa hay de toda evidencia, y es, que bajo el alto y enrisado Pirineo habitado por los adustos y montaraces vascones, han existido en las llanuras de aquende y de allende, y todavía existen, centellas de verdadero genio poético manifiestas ora en entretenidas leyendas, ora en sabrosos cuentos, ya en cantos heróicos, ya en dulces canciones, unas veces vaciadas en la turquesa de la vida real con toda su plástica vulgaridad, y otras inspiradas por el más delicado idealismo.

El genio poético éuskaro no es épico, sino puramente lírico, y por lo que se deduce del movimiento literario moderno en las provincias donde dura aquella raza, creemos poder decir que los poetas cultos que allí descuellan hoy, ya escriban en vascuence, ya en castellano, ora en verso, ora en prosa, muestran en sus obras más afición á las escuelas académicas española, francesa é italiana, que apego á la musa genuina de la tierra nativa. Hay en verdad en todos los países una poesía popular y otra que es exclusivo patrimonio de la gente que cultiva las letras en su forma más selecta: la poesía popular es la que verdaderamente marca el carácter y la índole de la raza que la produce; la poesía culta tiende en todas las naciones á cierta uniformidad, que acabará por hacer desaparecer por completo toda diferencia de escuelas. Cuando leemos las producciones poéticas castellanas en verso y prosa de los actuales escritores éuskaros, de Trueba, de Campión, de Arana, de Oloriz, de Olave, de Landa, de Iturralde, de Gorostidi, de Echaide y de otros no menos distinguidos, que han llenado de bellezas literarias de todo género los seis preciosos volúmenes de la *Revista éuskara* de Pamplona en el breve espacio de seis años, ¿qué encontramos en ellas que las diferencie de las de nuestros poetas castellanos ó andaluces? Nada absolutamente. Véase, en prueba de esto, una pequeña muestra del estilo y escuela de uno de los vates navarros en quien fundan,

y con razón, las mayores esperanzas los amantes de las glorias de aquel país. En su poemita titulado *Pamplona* (1), escrito desde luego todo él en suelto y castizo romance castellano, pinta Oloriz una situación terrible y conmovedora, en que resalta el heroísmo navarro con los más vivos y enérgicos colores.

Pamplona está cercada por la morisma. El rey D. Sancho recibe de un mensajero la nueva fatal, y se dispone á ir en socorro de los sitiados, exclamando:

Resuenen, pues, los clarines,  
traíganme el negro caballo,  
el que gané en Roncesvalles,  
el que perdió Carlo-Magno;  
el que el honor despedaza  
del moro bajo sus cascos,  
pues tiene en sus herraduras  
metal de un cetro africano.

Pero ocurría esto en lo crudo del invierno: D. Sancho y los suyos tenían que trasponer altísimos montes cubiertos de nieve, y que atravesar prolongados desfiladeros, llenos quizá de profundos abismos engañosamente ocultos por la nevada, y esto en medio de las sombras de la noche, cuando no podía señalarles el camino ni siquiera el vacilante y escaso fulgor de las estrellas; cuando el helado huracán azotaba el rostro y convertía en fría llovizna el aliento y empujaba quizá al terrible alud hacia el abismo.—Así sucede en efecto, el alud se precipita; pero el rey no retrocede; y al contemplar el poeta su temerario arrojo, le increpa de este modo:

¡ Ah! qué intentas? Esperarlo,  
si á su choque el roble salta,  
como saltan las astillas  
al rudo golpe del hacha!

(1) HERMILIO OLORIZ, *El romancero de Navarra* (primera serie del vasco-navarro) con un prólogo de D. Manuel Valcárcel. Pamplona, 1876.—Contiene esta primera serie tres bellos poemas: *Roncesvalles*, *Olan* y *Pamplona*.

¡ Teme su empuje violento  
que es por lo fatal borrasca,  
por el són, mar despeñado,  
y exhalación por lo rauda!...  
Si, ya viene! hacia ti rueda!...  
no es el alud el que baja;  
es todo el monte abrumado  
por el peso de tu fama!...

La mayor parte de los soldados mueren envueltos en aquella helada mortaja: D. Sancho queda casi solo, llora tal vez por sus valientes que allí sucumben sin la gloria de haber combatido; vuélvese á los pocos que respetó la desgracia, los enardece, los intrépidos montañeses le aclaman y le siguen; pocos son los que llegan á socorrer á Pamplona, pero su heroísmo los hace formidables.

¡ Vedlos!... Son fuertes cual rocas  
de granito; su apostura  
sin ser orgullosa es noble,  
y es altiva sin ser ruda.  
Llevan erguidas las frentes,  
sus pechos sin armadura,  
y sus serenas miradas  
dicen que son euskaldunas.  
¡ Allí van!... sus cabelleras  
al viento del norte ondulan,  
y los hierros de sus armas  
con nerviosa diestra empuñan.  
Allí van los pamploneses,  
allí van por la espesura,  
van por sangre que humedezca  
del noble Yeso la tumba!...

Los ve el moro: sus clarines  
toques de alarma modulan:  
ya el soldado está en su puesto...  
¡ Ah, cuánta faz se demuda!  
Ya se avistan, llegan, chocan...  
y parecen en su furia

dos leones que se embisten,  
 dos aludes que se cruzan,  
 dos torrentes que al hallarse  
 rugen, saltan, hierven, luchan...  
 y hasta el alto firmamento  
 arrojan su hirviente espuma!

La entrada del rey vencedor en Pamplona es digna de la pluma de Góngora ó del Duque de Rivas, los dos romanceros más hábiles de nuestro Parnaso castellano.

¿Porqué, porqué de Pamplona  
 turban el triste silencio  
 con grato són las dulzainas,  
 con alegre voz el pueblo?

Que si tormentosa nube  
 que ennegrece el firmamento  
 fué el moro, y Pamplona espacio  
 de luto y de sombra lleno,  
 cuando el rey vino á Pamplona  
 el luto y la sombra huyeron,  
 que era claro sol Don Sancho,  
 si era nube el agareno.  
 Por eso flores esparce,  
 tañe gratos instrumentos,  
 y enciende tan vivas luces,  
 que de su conjunto bello  
 toma el prado nuevas galas,  
 el Abril matices nuevos,  
 el ave notas más dulces,  
 y luz más brillante el cielo.  
 Por eso hierven las calles  
 en damas y en caballeros,  
 y en ellas como en el muro  
 todo es galas y festejos.  
 Por eso sus hijos gritan  
 ¡viva Don Sancho! y por eso  
 que entra el vencedor anuncian  
 las campanas del concejo.  
 Ya entre el viva de las turbas  
 y entre el són del campaneó,

se oye el ruido que producen  
 las armas rozando el suelo.  
 Ya aparece el rey Don Sancho  
 al frente de sus guerreros,  
 no cubierto de oro y seda,  
 sino de sangre cubierto.  
 Á su lado marcha Aizubi  
 llevando con porte fiero  
 la enseña de los navarros  
 que mece orgulloso el viento.  
 Y subiendo á las almenas  
 en donde murió el de Yeso,  
 el victorioso monarca  
 dice así con ronco acento:  
 «Moro que entraste en Navarra  
 por vencer al Pirineo,  
 siendo más que osado fuerte,  
 y más que fuerte soberbio...  
 tú que el carro de tus lauros  
 uncir anhelaste al pueblo  
 cuyas llanuras alfombran  
 los blasones de tu imperio...  
 pues ves tu ambición deshecha,  
 pues ves postrado tu esfuerzo,  
 dí al orbe su bizarría,  
 díle sus preclaros hechos...  
 y si á cambiar nuestros usos  
 viene un día el extranjero,  
 verá que Navarra sabe  
 morir, pero no perderlos.»  
 Calló Don Sancho: la luna  
 por ver su marcial aspecto  
 dejó tras de sí las nubes:  
 llenóse de luz el cielo,  
 y á oirse volvió en Pamplona  
 de su entusiasmo el estruendo,  
 entre las notas del bronce  
 y el són de los instrumentos.

¿Queréis un trozo de verdadera elevación épica? Escuchad á Serafin Olave y Díez en su Oda *al Genio del Pirineo* (1):

(1) *Rev. eusk.*, t. I, p. 71 y siguientes.

Yo de la libertad seré el acento,  
yo arrancaré á los siglos su misterio;  
yo haré vibrar el asombrado viento  
con los ecos del viejo monasterio  
y de bélica trompa al són violento,  
cuando, unidos la espada y el salterio,  
honor y democracia centelleaban  
y Dios y su Derecho proclamaban.

Tú, en cambio, me darás selvas umbrosas;  
para mi ardiente sed, tus fuentes puras;  
para el alma, memorias hazañosas;  
el ambiente vital de tus alturas  
para mis fauces viejas y achacosas,  
secas ya de historiar tus desventuras,  
y, si hierro pidiese á las montañas,  
el hierro me darás de tus entrañas!

¿Hubiera expresado mejor Zorrilla estos varoniles conceptos?

Desearíamos ahora no agraviar á ninguno de los buenos prosistas navarros que nos salen de tropel al encuentro, al elegir un trozo de bella prosa escrita bajo la protectora majestad del enriscado Pirineo. El *Puente de Miluce*, de Iturralde; la *Legenda de San Virila*, *La Leprosa*, *El ruiseñor de Errota-zuri*, del mismo escritor artista; la *Historia de un naranjo*, de Gaztelu; *Roncesvalles* y un sinnúmero de elegantes tradiciones y leyendas, de Arturo Campión; la *Amaya* de Navarro Villoslada; *Enriquez de Lacarra*, novela inédita del conde de Guendulain, otra multitud de composiciones, modelos de bien decir, de bien pensar y de recto sentir, que no por estar escritas en prosa dejan de ser verdaderos dechados de alta y sana poesía, nos suministrarían todas trozos muy adecuados á nuestro intento. No pudiendo elegir entre tanto bueno, tomamos á la ventura un texto del tomo I de nuestro más socorrido arsenal literario (la *Revista Éuskara* que tantas veces hemos citado ya, y que tantas hemos de citar todavía), y copiamos los siguientes pasajes de la hermosa fantasía que lleva por título: *Una visión en la niebla* (1).

(1) Obra del docto fisiólogo y humanista Dr. D. Nicasio Landa.

«El sol sumerge en las ondas del Océano su disco, rojo como el cobre fundido: sus postreros arreboles iluminan con brillantes reflejos las mil enseñas que va formando la tierra éuskara desde la embocadura del Adur á las del Urumea y del Urola, mientras que como cintas de plata serpentean á uno y otro lado por el fondo oscuro de los valles, el Bidasoa por la Navarra española, la Nive por la Navarra francesa.

•La sombra invade los horizontes, borrando á mis ojos las Landas extensas de Aquitania y las cumbres del Pirene: los picos de Altabizar, de Mendaur, de Arola, de Mendara, de Atchuvia se confunden en una sola masa sombría: sólo distingo los negros contornos del Laviaga y del Jaizkivel.

•La naturaleza va á descansar: ya las águilas se han desplomado desde la región de las nubes para refugiarse en sus nidos de mármol; el último jabalí ha pasado ya rasgando jarales para ocultarse en su guarida; los tímidos corzos, después de haber lamido el agua de los torrentes, se acuestan en su cama de helechos; sólo el aullido del hambriento lobo ó el monótono grito de la lechuza que se alberga en las grietas de añosa encina, vienen á turbar el murmullo de la brisa que pasa por las frondosas copas de las hayas, que majestuosas se alzan de los barrancos sin fondo.

•De todos los valles, de todas las hondonadas, de todos los desfiladeros, se levanta una nube opalina, cenicienta, que sube invadiendo las colinas, las rocas, las cumbres, las crestas. Es el manto en que se envuelven de noche los Pirineos. Es la niebla que vuela borrando perfiles y desvaneciendo sombras, sustituyendo al aire, cerrando, envolviendo, cubriendo, amparando todo lo terrestre, así las rocas como los guijarros, así los musgos como los robles. Sus nubes blanquecinas vuelan impulsadas por la brisa que alienta el mar; sus cortinas de gasa se cambian, se cruzan, se suceden á millares; ora desaparece una montaña ó un bosque, ora vuelve á brotar en la luz; todo cambia, todo varía; toda forma se hace incierta y luégo muere; parece que los

bosques se deshacen, que los montes se resuelven en ese vapor universal, volviendo á los tiempos en que la materia terrestre vivía en el estado de nebulosa girando en el éter...

» Aferrado á la roca, inclinado sobre el abismo (1), contemplo este magnífico espectáculo á la luz azulada de la luna cernida por la niebla. La tierra ha desaparecido: creo que estoy suspendido en la atmósfera, en el húmedo seno de una nube... Los montes vecinos simulan castillos coronados de infinitas almenas: los árboles del bosque cercano parecen Briareos que alzan al cielo millares de brazos; y el murmullo del viento en la hojarasca semeja el rumor de los pasos de una muchedumbre que desfila en silencio... »

Este bello trozo de poesía descriptiva (pues repetimos que para nosotros la poesía puede existir sin versos) prepara ingeniosamente al lector para presenciar una especie de revista osiánica que el autor pone ante sus ojos, y en la cual figuran los guerreros euskaldunas de las principales épocas históricas del país (2). Oigámosle de nuevo:

« Y en efecto, desfilan... Sí, yo veo en las nubes que cruzan, en las nieblas que pasan, millares de sombras, de formas humanas, ora indecisas, ora marcadas. Son hombres de elevada estatura: su cabeza ancha por detrás, la cabellera lacia que cae sobre sus hombros como la guejeja del león, sus cejas prominentes, su nariz aguileña, su largo bigote les dan un aspecto terrible. Van cubiertos con pieles de fieras que ya no existen, del oso y de la hiena de las cavernas, del buey primigenio: llevan al hombro mazas enormes y cuelgan de su cinturas hachas

(1) Se supone el prosista-poeta situado en el reducto de rocas que corona el pico de Larrhun, en la frontera septentrional de Navarra.

(2) En esta reseña histórica manifiesta el Sr. Landa su opinión acerca del origen de los éuskaros, á quienes cree descendientes de los iberos y de los cántabros, pero no arias, sino turanios; mas como nosotros al reproducir trozos de esta preciosa fantasía literaria, no tenemos el propósito de argüir en pro de una determinada solución del problema ibérico, nos abstenemos de anotar las especies en que el distinguido autor discrepa de los sistemas que llevamos expuestos en nuestros capítulos II y III.

de pedernal; algunos, los jefes sin duda, se adornan con collares hechos de colmillos de jabalíes... ¡Ah! son los hijos de Aithor, son los Euskos, los primeros señores de Europa; los únicos Turanios que con los Finlandeses y Madgyares lograron resistir á la inundación de los Aryas desbordados sobre toda Europa desde el Asia...

» En pos de estas bandas vienen otras... Estos llevan hachas y espadas de bronce, y se adornan con medias lunas de oro; son los éuskaros á quienes el extranjero Strabón llamó iberos y que con este título extendieron su civilización por todas las costas del Mediterráneo...

» Y vienen después otros guerreros con túnicas blancas y mantos rayados de rojo, con la cabeza descubierta despreciando el casco, y armados con la espada corta y el broquel de cuero. Son los éuskaros que con este nombre ó el de cántabros resistieron la tiranía de Roma. Esos que van con los piés y las manos manando sangre, pero con la frente erguida, son aquellos heroicos salvajes que prisioneros de los romanos y crucificados en la cumbre del Kuruceta, aprovecharon el último aliento para escupir al rostro de sus verdugos cantando el himno de guerra.

» Ahí van los auxiliares de Aníbal, los que en Canas hicieron desfilar bajo el yugo á las soberbias legiones de Roma. Ahí van los que denodadamente combatieron al cónsul L. Lúculo. Ahí van los voluntarios de Sertorio; ahí los que pelearon en Aquitania contra P. Craso. Esos son los treinta y ocho mil que murieron guerreando contra César: ahí están los que por odio á este tirano defendieron á Pompeyo bajo las enseñas de Petreyo y Afranio.

» Y siguen desfilando los guerreros euskaldunas, porque si Roma sucumbe ante los Bárbaros, Euskaria no. »

De la misma manera sumaria y pintoresca reseña el autor las proezas de los éuskaros contra los visigodos y los sarrace-